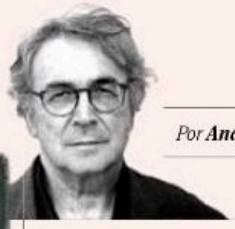

Por **Andrés Trapiello**

Ilustración de **Patricia Bolinches**

A LAS MIL MARAVILLAS

AMIGO Y SEÑOR (I)

Ha ido uno poquito a poquito dando cuenta del primero de los dos tomos de cartas de José Nicolás de Azara. Ahora, acaba de publicarse la 'Correspondencia confidencial con Manuel de Roda (Roma, 1768-1780)'

Durante estos dos últimos meses ha ido uno poquito a poquito dando cuenta del primero de los dos tomos de cartas de José Nicolás de Azara (770 páginas en cuarto). El mejor momento del día era ese en que leía dos, tres, diez, cuando no podía parar. Mejor que un serial de Netflix. No me resisto a dejar pasar el suceso sin noticiarlo: acaba de publicarse la *Correspondencia confidencial con Manuel de Roda* (Roma, 1768-1780) (Institución Fernando el Católico, Zaragoza). Esta edición, llamada a ser canónica, está anotada por Gabriel Sánchez Espinosa con tanto tino y discreción que no hay vez que se consulten sus acotaciones (por no hablar de su extenso, amenísimo e imprescindible prólogo), que no se le den mentalmente las gracias.

Cómo le habrían gustado y divertido estas cartas a Stendhal, qué lastima que Azorín no llegara a conocerlas.

Nadie puede sernos más simpático que Azara: anticlerical y enciclopedista, aragonés y afrancesado, desprejuiciado, socarrón y liberal; tolerante con la vida privada de la gente y discreto con la suya (de solterón); un tanto cínico, pero formal y cumplidor. Lo mejor de nuestro injustamente denostado siglo XVIII.

La prosa moderna empieza con los diarios de Jovellanos, con las crónicas viajeras de Moratín y con estas cartas, que ha leído uno ahora por primera vez. Más, infinitamente más interesantes que todo lo *serio* que escribieron. En esas obras *menores* o confesionales, de carácter íntimo o privado, estos autores escribieron de todo tipo de asuntos, orillados a menudo por nimios y domésticos, y siempre con entera libertad, sin temor a censuras e inquisidores. Los tres son ejemplo de aquello de Juan Ramón, tan insistido por uno: «Quien escribe como se habla, irá más lejos y será más hablado en lo porvenir que quien escribe como se escribe».

¿Y cómo escribía Azara? Como hablamos hoy tú y yo, si supiéramos hacerlo con su soltura. Esa forma de escribir recibió el nombre de casticismo, el de quienes preferían la lengua del siglo XVI, «el siglo del buen gusto», frente a la del XVII, el siglo «de la corrupción». Y si las palabras del culterano a menudo se acartonan, las otras, creadas por el genio del pueblo, conservan el alma de las cosas con una gracia infinita. Quiero decir que si a los culteranistas el idioma se les llena de grumos, los otros te mantienen prendidos y te llevan de hallazgo en hallazgo.

Cuánto sabor en su decir, qué recto van al sentir
(y por aquello de volver a citar a Cervantes: «Lo que se sabe sentir, se sabe decir»).

Hecha esta introducción, algo sobre el autor de las cartas y su destinatario. Del señor de Roda baste saber que era ministro de justicia de Carlos III y jefe indirecto de Azara. Y de Azara, que era un funcionario a quien se destina a Roma a las órdenes del embajador con una misión precisa: lograr del papa la disolución de la Compañía de Jesús. Los jesuitas, codiciosos e intrigantes y cruce de sacristán y dama climatérica, habían sido expulsados ya de casi todas las cortes europeas, y erraban de un lado para otro «como la peste». Faltaba la puntilla, que no era sino la de acabar «con esta roña que nos roe las entrañas», empapados como están, del primero al último, «en el espíritu de intriga y cavilación».

Y a ello se puso nuestro José Nicolás de Azara. Tenía a la sazón treintaiocho años y le bastó echar una ojeada a la ciudad para corroborar: *Roma veduta, fede perduta* (francamente, su fe era poca). Y eso hará: dar cuenta por lo menudo de cuanto ve y oye en las calles y prelaturas, en las cancillerías y en los palacios, cotilleos, altas traiciones, paseos, risas, lloros...

De sí mismo dice que es «un pobre diablo en el Vaticano», pero también como dijo de otro, Azara «sabe quién putea con quién y cuándo». Así nos lo relatará, sin remilgos, pero también sin bajonazos innecesarios y con un tono admirable en pliegos que empiezan de la misma manera: «Amigo y señor». Pliegos, por cierto, que a punto estuvieron de venderse en el Rastro para envolver gallinejas y entresijos. Lo contaremos aquí la semana que viene, *Deo volente*. (*Continuará*). ■

"De sí mismo dice que es 'un pobre diablo en el Vaticano', pero también como dijo de otro, Azara 'sabe quién putea con quién y cuándo'"

LA LECTURA

Director: Joaquín Manso
Subdirector: Gonzalo Suárez

Unidad Editorial

Administradores: Marco Pompignoli, Laura Múgica
Director de Negocio: José Jesús López Gálvez

Comercialización de publicidad: Unidad Editorial S.A.
Director General de Publicidad: Sergio Cobos
Publicidad La Lectura: Borja González de Riancho
borja.riancho@unidadeditorial.es

Edita: Unidad Editorial Revistas, S.L.U.
DEPÓSITO LEGAL: M-34341-2021
ISSN: 2792-758X
IMPRIME: Bermont Impresión

© Unidad Editorial Revistas, Madrid 2024. Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser -ni en todo ni en parte- reproducida, distribuida, comunicada públicamente, utilizada o registrada a través de ningún soporte o mecanismo, ni modificada o almacenada sin la previa autorización escrita de la sociedad editora. Conforme a lo dispuesto en el artículo 32 de la Ley de Propiedad Intelectual, queda expresamente prohibida la reproducción de los contenidos de esta publicación con fines comerciales a través de recopilaciones de artículos periodísticos.

PEFC